

**DEBATE**

# SOBRE LA NATURALEZA HUMANA

¿Existe? El sí rotundo del profesor Maestriperi, contrasta con los argumentos del filósofo Flores d'Arcais, que alude al relativismo moral como uno de los elementos esenciales de la biología del *Homo sapiens*.

**DARIO MAESTRIPIERI /  
PAOLO FLORES D'ARCAIS**

## LAS BASES EVOLUTIVAS DE LA NATURALEZA HUMANA

Dario Maestriperi

**C**abe hacerse tres preguntas básicas sobre la naturaleza humana. Primero: ¿qué es? Segundo: ¿existe realmente? Y tercero: si sabemos qué es la naturaleza humana y que existe realmente, ¿por qué es como es? El concepto de naturaleza humana se refiere a la noción de que hay aspectos del funcionamiento de la mente humana y del comportamiento humano que son comunes a todos

los miembros de nuestra especie (o a la mayoría de ellos). La naturaleza humana incluye rasgos psicológicos y conductuales tanto de tipo general como de tipo específico. Entre los ejemplos de rasgos generales cabría mencionar la capacidad de pensar de forma consciente y abstracta, la capacidad de sentir y expresar emociones en particular, la capacidad de aprender y utilizar un lenguaje, y contar con motivaciones básicas para las actividades relacionadas con la supervivencia, la sexualidad, la amistad, la cooperación, la competencia y la crianza de la prole. Entre los ejemplos de aspectos más específicos de la naturaleza humana podríamos mencionar los sesgos perceptuales o cognitivos particulares, y las tendencias conductuales que manifiestan los individuos en particular en situaciones específicas, como la reacción de los hijos a la separación de sus padres, o la conducta de los hombres en materia de excitación sexual y cortejo en presencia de potenciales parejas. El concepto de naturaleza humana implica que esos rasgos psicológicos y conductuales humanos universales están por lo menos en parte controlados genéticamente y son funcionalmente significativos. Es de suponer que originalmente esos rasgos evolucionaran por selección natural porque hacían posible que los individuos que los poseían sobrevivieran y se reprodujeran mejor en sus entornos. Algunos de esos rasgos (por ejemplo, los rasgos vinculados a la supervivencia, la reproducción o la sociabilidad) tienen una larga historia evolutiva: los seres humanos modernos heredaron dichos rasgos de sus antepasados homínidos, primates o mamíferos. En cambio, otros rasgos han evolucionado más recientemente, tras la escisión entre los homínidos y los demás primates, o incluso tras la aparición del *Homo sapiens*, de la mano de un aumento significativo del tamaño y la complejidad del cerebro (por ejemplo, algunas habilidades cognitivas de orden superior, el lenguaje, la moral).

Mi respuesta a la pregunta de si realmente existe la naturaleza humana es un SÍ rotundo. Todos los psicólogos evolutivos darían inequívocamente esa misma respuesta, y sospecho que también muchos otros expertos y legos. Sin embargo, muchos eruditos del campo de las humanidades y las ciencias sociales (por ejemplo, muchos expertos en literatura, historiadores, antropólogos y psicólogos culturales) rechazan

el concepto de naturaleza humana. Su argumento consiste en que aunque puedan existir predisposiciones genéticas hacia determinadas formas de pensar o de actuar, esas predisposiciones son invalidadas por las influencias del entorno, de modo que el pensamiento y el comportamiento del ser humano se configuran íntegramente a raíz de las experiencias y el aprendizaje tempranos, y de factores sociales, culturales, históricos políticos y religiosos. Steven Pinker ofrecía un análisis detallado de los argumentos en contra de la naturaleza humana, junto con una refutación, en su libro *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, publicado en 2002. En gran medida, el rechazo de la naturaleza humana es una consecuencia de un malentendido acerca de dicho concepto, o se produce más por motivos ideológicos que por razones científicas.

Una plena comprensión de la naturaleza humana conlleva el reconocimiento de que la existencia de predisposiciones genéticas hacia determinadas pautas de pensamiento o de conducta no implica necesariamente que los pensamientos o los comportamientos humanos estén plenamente determinados genéticamente, ni que sean las mismas en todos los seres humanos, ni que sean inmutables. Esos conceptos erróneos en parte derivan de una tradición histórica del trabajo en el campo de la psicología y la etología comparativa durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, donde se establecía una clara distinción entre el “instinto” (un concepto un tanto genérico e impreciso que se utiliza para designar todos los pensamientos y comportamientos que se consideraban genéticamente determinados, profundamente integrados en el cerebro, automáticos e inmutables) y la “inteligencia” (un término originalmente empleado para designar todos los aspectos del pensamiento y la conducta que se consideraban maleables y condicionados por el entorno a través del aprendizaje), y donde los aspectos conductuales de la naturaleza humana se definían como “pautas fijas de acción”. Esas ideas anticuadas sobre los instintos humanos o sobre la naturaleza humana han quedado superadas por la certeza de que los genes de todos los rasgos humanos, incluidos los rasgos psicológicos y conductuales, se dan en distintas

variantes llamadas alelos; de que todos los rasgos humanos son una consecuencia de la interacción entre los genes y el entorno; de que las influencias genéticas en la mente y la conducta son probabilísticas y no deterministas (así pues, es posible que existan individuos que carezcan de rasgos humanos universales); de que lo más probable es que los rasgos humanos universales se manifiesten en unos entornos humanos específicos de la especie (y que probablemente no se manifiesten en entornos sumamente artificiales, o en individuos con unas experiencias vitales fuera de lo común); y de que los rasgos humanos universales son, en cierta medida, maleables y modificables a través de la experiencia. Otro malentendido frecuente sobre la naturaleza humana consiste en que la evolución por selección natural tiende a producir unos rasgos psicológicos y conductuales que son semejantes y homogéneos en todos los individuos, y que las desviaciones de la norma sencillamente reflejan el “ruido del sistema”. En realidad, la evolución por selección natural puede explicar tanto los aspectos normativos de los rasgos humanos universales (por ejemplo en situaciones donde la selección favorece la manifestación general de un rasgo en el seno de una población) y su variación (por ejemplo en situaciones en las que las distintas combinaciones de genes y entornos son igual de adaptativas, lo que da lugar a diferencias estables entre individuos o grupos en cuanto a la manifestación de dichos rasgos). Las investigaciones modernas sobre la naturaleza humana se centraron inicialmente en sus aspectos normativos, mientras que los trabajos más recientes se han centrado en las variaciones adaptativas de los rasgos psicológicos y conductuales humanos, entre los que se incluyen muchos estudios sobre la personalidad y las diferencias individuales.

Una crítica tradicional de la naturaleza humana plantea que existen demasiadas variaciones históricas, geográficas y socioculturales en la forma de pensar y en la conducta humana como para que se puedan identificar rasgos específicos de la especie. En realidad, el concepto de naturaleza humana no es incompatible con el hecho de que existan muchas variedades de seres humanos, que difieren por su raza, su lengua, su cultura, sus pensamientos y su conducta. La variación de los rasgos

psicológicos o conductuales de los humanos es asombrosa. Incluso dentro del mismo continente, la misma raza y el mismo género, los seres humanos pueden ser tan diferentes entre sí desde el punto de vista psicológico y conductual como san Francisco de Asís y Adolf Hitler. Todos tenemos el potencial de amar y de hacer daño a los demás, de colaborar y de competir, de convertirnos en santos o en asesinos en masa. Las predisposiciones genéticas y la plasticidad del desarrollo pueden, dependiendo del entorno, arrastrar a una persona hacia un extremo u otro de la distribución: santo o asesino en masa. Sin embargo, la variación psicológica y conductual humana no es ni infinita ni aleatoria. San Francisco de Asís y Adolf Hitler tienen más en común entre ellos y con otros seres humanos que con las nutrias de mar, los elefantes o los chimpancés. Es imposible educar una mente humana para que piense como un chimpancé, o educar a un chimpancé para que piense como un ser humano. La naturaleza humana es lo que tienen en común la mente y la conducta de los seres humanos, lo que caracteriza la mente humana y la conducta humana, y lo que las diferencia de la mente y las conductas de otras especies. Al igual que la especie *Homo sapiens* tiene unas características identificables y distintivas en su anatomía, su fisiología y su genética, lo mismo ocurre con sus actividades mentales y su conducta. Por ejemplo, sería posible distinguir a los seres humanos de los chimpancés únicamente en virtud de sus características psicológicas y conductuales, y sin saber absolutamente nada sobre su aspecto físico o sobre la estructura y la funcionalidad de su cuerpo.

Otra objeción al concepto de naturaleza humana que han planteado algunos expertos en el campo de las humanidades y las ciencias sociales consiste en que aunque existiera la naturaleza humana, sería posible descartarla, pues resulta irrelevante para la vida de los seres humanos modernos. Por ejemplo, en su reseña del libro *La tabla rasa*, de Pinker, Louis Menand, catedrático de Literatura Inglesa en la Universidad de Harvard, escribía: “La cuestión no es si existe una base biológica de la naturaleza humana. Somos organismos de cabo a rabo; la que manda, como suele decirse, es la biología. La cuestión es en qué medida la biología explica la vida aquí fuera, en la calle del siglo XXI”. No obstante,

cabría argumentar que la naturaleza humana explica muchísimas cosas de la conducta humana en el siglo XXI, como por ejemplo la conducta social de los catedráticos universitarios: su afán por conseguir estatus y recursos, el hecho de que establezcan alianzas políticas contra sus enemigos, su nepotismo para con sus familiares y otros protegidos, la utilización de su estatus y su prestigio intelectual para lograr mejoras económicas o favores sexuales, su sesgo en contra de los colegas que pertenecen a grupos minoritarios, etcétera, etcétera.

Menand también reiteraba una frecuente objeción ideológica y errónea a la naturaleza humana: “Las ciencias de la naturaleza humana tienden a validar las prácticas y preferencias del régimen, cualquiera que éste sea, que las esté patrocinando. En los regímenes totalitarios, la disidencia se considera aberrante. En los regímenes con *apartheid*, el contacto entre razas se considera aberrante. En los regímenes de libre mercado, el interés propio del ser humano está profundamente integrado en su cerebro”. Ese tipo de afirmaciones simplemente vienen a expresar lo que los filósofos denominan la falacia naturalista, a saber: la suposición errónea de que la naturaleza humana puede utilizarse para validar el *statu quo*. Quienquiera que utilice la naturaleza humana para determinar lo que es aceptable o inaceptable desde un punto de vista moral, cultural, social, político, económico o religioso está, sencillamente, haciendo un mal uso de la ciencia.

La ciencia ya ha respondido en gran medida a las preguntas de qué es la naturaleza humana y de si existe o no, de la misma forma que la ciencia también ha contestado a las preguntas de qué es la evolución biológica y si ha dado lugar a la vida, incluida la vida humana, en este planeta. Sin embargo, igual que ocurre con la negación de la evolución biológica por los creacionistas, siempre quedará gente que niegue la naturaleza humana o que le reste importancia, ignorando todas las pruebas científicas.

Mientras tanto, los científicos que estudian la naturaleza humana han dado el siguiente paso, desde las preguntas de qué es la naturaleza y de si existe o no, a la pregunta más interesante de por qué la naturaleza humana es como es. La biología evolutiva nos brinda dos respuestas

diferenciadas a esa pregunta. La primera dice que la naturaleza humana es como es porque se trata de una expresión particular de una naturaleza primate más general. El *Homo sapiens* es un tipo particular de animal –un primate– y nuestra especie evolucionó a partir de unos primates que se asemejaban mucho a los grandes primates de hoy en día. Compartimos muchos aspectos de nuestra naturaleza primate con otros monos y simios porque hemos heredado muchos de nuestros rasgos psicológicos y conductuales de los mismos ancestros que tenemos en común con esos monos y simios. Por consiguiente, ese componente “filogenético” de la naturaleza humana se comprende mejor a través del estudio comparativo de los rasgos psicológicos y conductuales de los humanos y de otras especies de primates, a la luz de las relaciones filogenéticas entre dichas especies.

La segunda respuesta evolutiva a la pregunta sobre las características de la naturaleza humana es que los rasgos psicológicos y conductuales humanos universales representan adaptaciones a los entornos en los que evolucionaron los seres humanos y en los que viven actualmente. Aunque algunos aspectos de los entornos físicos/ecológicos y sociales de los seres humanos son parecidos a los de otros animales, los humanos se han adaptado a un entorno “cognitivo” (es decir un entorno preponderantemente definido por los pensamientos y el lenguaje) que es exclusivo de nuestra especie. A fin de comprender plenamente los aspectos adaptativos de la naturaleza humana, podemos investigar con dos enfoques diferentes. Uno de los enfoques consiste en estudiar los correlatos de aptitud o las consecuencias de las variaciones de los rasgos psicológicos y conductuales humanos. En otras palabras, podemos verificar si los individuos que poseen determinados rasgos sobreviven o se reproducen mejor que los que carecen de dichos rasgos. El otro enfoque consiste en el método de la “ingeniería inversa”, utilizado por los psicólogos evolutivos. Si un rasgo ha sido configurado por la selección natural como una adaptación al entorno, debe existir un buen encaje entre la estructura o “diseño” de ese rasgo y la función por la que supuestamente ese rasgo fue objeto de selección.

La investigación científica sobre la naturaleza humana ha logrado sustanciales avances durante los últimos cincuenta años, pero todavía hay muchas cosas que desconocemos o que no comprendemos. Una comprensión más completa de quiénes somos, de dónde venimos y, posiblemente también a dónde vamos, requerirá una integración de los descubrimientos de las investigaciones de muchas disciplinas científicas,

como por ejemplo la genética humana, la biología evolutiva, la primatología, la antropología, la sociología, las ciencias económicas, la psicología, las neurociencias, las ciencias cognitivas y alguna más.

## BIBLIOGRAFÍA

**BARNETT, S. A.**, *Instinct and intelligence*, Englewood Cliffs, Prentice-hall, 1967.

**MENAND, L.**, «*What comes naturally. Does evolution explain who we are?*» *The New Yorker*, 25 de noviembre de 2002.

**PINKER, S.**, *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2003.

## LA BIOLOGÍA DEL ‘HOMO SAPIENS’ ES EL RELATIVISMO MORAL

Paolo Flores d’Arcais

**D**ado que hoy en día Dario Maestriperi, de la Universidad de Chicago, es una de las máximas autoridades mundiales en primatología y en el estudio de la mente y la conducta humana, su texto es un utilísimo indicador para comprender los intentos y los límites, los resultados y las contradicciones, las perspectivas y los retrasos, de una investigación científica sobre la moral, que, junto con la capacidad cognitiva y la conciencia, con la producción de herramientas y con el lenguaje (unos ámbitos en los que la investigación científica ha ido acumulando resultados interesantísimos), constituye la especificidad inaudita del animal *Homo sapiens* respecto a los demás: su naturaleza.

Pero, ¿de verdad existe una “naturaleza humana”? A Maestriperi no le cabe la menor duda: “Mi respuesta es un SÍ rotundo”. Y para identificar sus características subraya dos criterios metodológicos irrenunciables: En primer lugar: “hay aspectos del funcionamiento de la mente

humana y del comportamiento humano que son comunes a todos los miembros de nuestra especie (o a la mayoría de ellos)”, es decir, los “rasgos humanos universales”. En segundo lugar: “La naturaleza humana es lo que caracteriza las mentes y las conductas humanas y la diferencia de las mentes y las conductas de otras especies”.

Se trata de dos apostillas científicamente obvias, dado que las conductas de grupos de *Homo sapiens* que se contradijeran con las de los demás grupos no tendrían cabida en la naturaleza común de nuestra especie, y porque lo que caracteriza a una especie es todo lo que la diferencia de las demás, mientras que lo que es común supone la abstracción genérica e in-significante (al final llegaríamos a la abstracción vacua del “ser” que aúna a todo lo que es, no solo al animal *sapiens* con el resto de animales, sino también con las plantas, los minerales y en resumidas cuentas todos los “entes” de la totalidad del cosmos). Dos salvedades que Maestripieri hace muy bien en subrayar, porque a menudo se olvidan cuando se cruzan los caminos de la biología y la filosofía en la indagación sobre qué es el ser humano. Pero que él mismo olvidará varias veces.

Para Maestripieri, la naturaleza del *Homo sapiens* consiste en las siguientes características: “la capacidad de pensar de forma consciente y abstracta, la capacidad de sentir y expresar emociones en particular, la capacidad de aprender y utilizar un lenguaje, y contar con motivaciones básicas para las actividades relacionadas con la supervivencia, la sexualidad, la amistad, la cooperación, la competencia y la crianza de la prole”. Pero la actividad para la supervivencia, la sexualidad, la colaboración, la competencia y el cuidado de la prole no tienen nada de específicamente humano, son factores que caracterizan a una infinidad de especies animales. Lo mismo ocurre con otras conductas que Maestripieri atribuye a la naturaleza humana, como “la reacción de los hijos a la separación de sus padres, o la conducta de los hombres en materia de excitación sexual y cortejo en presencia de potenciales parejas”. Así pues, hasta aquí Maestripieri se queda en las generalidades más caducas, incumpliendo su propio “*caveat*”.

Por consiguiente, vamos a abordar el otro criterio crucial sobre el que Maestripieri se propone basar su “rotundo SÍ”. “El concepto de

naturaleza humana implica que esos rasgos psicológicos y conductuales humanos universales están por lo menos en parte controlados genéticamente y son funcionalmente significativos”. Si con “esos” quiere decir “la capacidad de pensar de forma consciente y abstracta”, “de sentir y expresar determinadas emociones”, “de aprender y utilizar un lenguaje” y de fabricar herramientas (pero sobre todo herramientas para fabricar herramientas), se trata de especificidades humanas de origen genético que nadie, absolutamente nadie, pone en discusión.

En cambio, es totalmente infundado “que la naturaleza humana [en el sentido de su componente genético], explica muchísimas cosas de la conducta humana en el siglo XXI, como por ejemplo la conducta social de los catedráticos universitarios: su afán por conseguir estatus y recursos, el hecho de que establezcan alianzas políticas contra sus enemigos, su nepotismo para con sus familiares y otros protegidos, la utilización de su estatus y su prestigio intelectual para lograr mejoras económicas o favores sexuales, su sesgo en contra de los colegas que pertenecen a grupos minoritarios, etcétera, etcétera”.

Examinemos los rituales de apareamiento y las normas para la vida sexual en general. Los docentes universitarios que conoce Maestripieri utilizan, para “conquistar” a la mujer, su estatus y su prestigio intelectual; en cambio, la banda de pastores guerreros que se congregan en torno a Rómulo, en los orígenes del imperio más influyente de la historia, utiliza el rapto y la violación en masa (a menudo con el exterminio masivo de los varones). En ambos casos, se trata de ejemplares de *Homo sapiens*, biológicamente idénticos. Así pues, su naturaleza común no explica unos modelos de conducta tan abismalmente distintos. Mejor dicho: justamente su biología común debería explicar por qué se han podido generar unas conductas diametralmente opuestas –no como singularidades individuales sino como sistemas sociales de conducta opuestos– en este aspecto del comportamiento humano, igual que en todos los demás aspectos relevantes.

Otro ejemplo: Maestripieri tendría que explicar por qué, en “su afán por conseguir estatus y recursos”, los colegas universitarios de Maestripieri no pueden utilizar esclavos ni practicar la tortura contra

sus adversarios, unas conductas que por el contrario son habituales en los esfuerzos competitivos de innumerables grupos de *Homo sapiens* a lo largo de las decenas de miles de años de nuestra aventura como especie. Así pues, es esa pluralidad de las morales, hasta la antinomia, en cuestión de sexo, de poder, de alimentación, de riquezas (y también de vida y muerte), ese relativismo ético empíricamente irrefutable, lo que es preciso escoger como argumento, investigar y explicar en términos biológicos (a ser posible).

Da la impresión de que Maestriperi se da cuenta de ello cuando admite que “incluso dentro del mismo continente, la misma raza y el mismo género, los seres humanos pueden ser tan diferentes entre sí desde el punto de vista psicológico y conductual como san Francisco de Asís y Adolf Hitler”. No obstante, a Maestriperi sigue pasándosele por alto que san Francisco y Hitler no suponen dos aberraciones respecto a la norma (a la “naturaleza humana”), dos extremos de una campana de Gauss de las conductas humanas, sino justamente dos normalidades que a todos los efectos han organizado la vida de sendos grupos de *Homo sapiens*: miles de personas a lo largo de unos cuantos siglos en el caso de san Francisco, decenas de millones a lo largo de unos pocos años en el caso de Hitler.

Es decir: dos modalidades incompatibles entre sí (que se excluyen: literalmente antagónicas), pero ambas naturales, pues ambas estuvieron vigentes como deber socialmente reconocido en la organización de grupos humanos y en su reproducción. Y espero que nadie objete que al final Hitler fue derrotado. En la historia todo es contingente, pudo haber ganado (por ejemplo sin Pearl Harbor y la intervención estadounidense) y hoy en día toda Europa estaría organizada conforme a unos criterios repugnantes para Maestriperi y para mí, y que en cualquier caso ya habían logrado un consenso aplastante, entusiasta hasta el fanatismo, en el país a la sazón más avanzado y más culto de Europa. En la historia no hay ni “diseño inteligente”, ni finalismo hegeliano, ni ningún tipo de “final feliz” consolatorio.

Y de todas formas, incluso prescindiendo de Hitler: el mismo aparato biológico ha dado lugar en el *Homo sapiens* a formas de conductas

sociales organizadas basadas en la extrema igualdad o en la jerarquía más piramidal; a actitudes respecto a la prole que consideran un horror el infanticidio o bien que lo exigen en determinadas circunstancias (desde la “exposición” al hambre, al frío o a las fieras hasta la Roca Tarpeya; y lo mismo podría decirse sobre el respeto por los ancianos o su eliminación); a conductas matrimoniales que contemplan el ofrecimiento de la propia esposa a los huéspedes sobre el hielo del Ártico, o el asesinato por honor y la lapidación de las adúlteras bajo el sol mediterráneo; a la tortura y la ejecución de los enemigos derrotados como colofón de un desfile triunfal (y su correspondiente arco), o a la Convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra; al aborto como medio de limitación de los nacimientos y/o de libertad de la mujer o como genocidio irredimible de nuestro tiempo (san Karol Wojtyła *dixit*); a la antropofagia como ritual e incluso como acto piadoso o como gesto atroz de inhumanidad.

Y podríamos seguir, con una panoplia de sistemas de valor mutuamente antagónicos y excluyentes, y que no obstante han servido, todos, como normas de conducta de grupo, o incluso como virtudes ejemplares. Y que por consiguiente han demostrado ser, todos, aptos desde un punto de vista evolutivo, porque “hacían posible que los individuos que los poseían sobrevivieran y se reprodujeran mejor en sus entornos”.

Pero si, al igual que Maestriperi se ve obligado a afrontar estos datos empíricos irrefutables, uno admite que “el reconocimiento de que la existencia de predisposiciones genéticas hacia determinadas pautas de pensamiento o de conducta no implica necesariamente que los pensamientos o los comportamientos humanos estén plenamente determinados genéticamente, ni que sean las mismas en todos los seres humanos, ni que sean inmutables”, ¿qué queda de los famosos “caracteres universales” enarbolados como algo indiscutible? ¿Y si al final no queda más remedio que reconocer que “los rasgos humanos universales [un concepto que ya no es más que un coladero] son, en cierta medida, maleables y modificables por la experiencia” –; hasta los modelos mortalmente antagónicos, como el Reich de mil años y la democracia de Churchill!– ¿qué queda de la “naturaleza humana”

para explicar tamaña variabilidad? ¡La cultura! Es decir, la historia y su contingencia.

Pero Maestriperri objeta: “Sin embargo, la variación psicológica y conductual humana no es ni infinita ni aleatoria. San Francisco de Asís y Adolf Hitler tienen más en común entre ellos y con otros seres humanos que con las nutrias de mar, los elefantes o los chimpancés”. ¡Grandioso descubrimiento! Solo que las nutrias actúan siempre conforme a la “nutridad” y los elefantes conforme a la “elefantidad”, mientras que la “humanidad” de la conducta de la especie *Homo sapiens* contempla al mismo tiempo sociedades organizadas conforme a un sumo grado de cooperación altruista igualitaria exactamente igual que sociedades cohesionadas por el racismo y la esclavización (o el genocidio) de los vencidos.

Puesto que es un hecho empíricamente constatado que el único rasgo “universal” de las conductas sociales de nuestra especie es la presencia tanto diacrónica como simultánea de grupos que obedecen a unas normas absolutamente antitéticas entre ellas, es evidente que la naturaleza biológica del *Homo sapiens* consiste en necesitar un sistema de normas, pero un sistema cualquiera, siempre que dé resultado (siempre que garantice la supervivencia). En otras palabras, justamente el enfoque biológico y neurobiológico evolucionista nos dice que el *Homo sapiens* es un animal normativo y cultural, que necesita unas normas para sobrevivir, puesto que los instintos ya no son vinculantes, pero la determinación de qué normas se deja, justamente en virtud de su evolución biológica, al azar de la contingencia histórica.

A nadie se le ocurriría discutir que “es imposible educar una mente humana para que piense como un chimpancé, o educar a un chimpancé para que piense como un ser humano”. Si eso es lo que se entiende por “naturaleza humana”, el consenso es unánime e indiscutible, y Maestriperri está debatiendo con “molinos de viento”. En cambio, si con ello pretende decir que las conductas humanas supuestamente tienen unos rasgos morales universales, de los que “un santo o un asesino de masas” tan solo supondrían “un extremo u otro de la distribución” individual, Maestriperri sostiene una cosa empíricamente falsa.

Jean Menand, objeto de los dardos de Maestriperri, reconoce sin perifrasis que “somos organismos de cabo a rabo; la que manda, como suele decirse, es la biología”. Cuando añade: “La cuestión es en qué medida la biología explica la vida aquí fuera, en la calle del siglo XXI”, es posible que se equivoque, pero en un sentido muy distinto del que le imputa Maestriperri.

Se equivoca porque no existe una “vida del siglo XXI”, es decir un solo sistema normativo conductual, sino muchos e incompatibles entre sí: en Arabia Saudí y en el califato del Estado Islámico se lapida a las adúlteras hasta la muerte, se decapita a los ateos, se asesina de un modo atroz a los homosexuales, mientras que en Francia, en todos los edificios públicos está grabado “*Liberté, égalité, fraternité*” con letras doradas, y la gente sale a la calle por millones para manifestarse a favor del derecho de una revista “*bête et mechante*” a burlarse de lo más sagrado. Pero la crítica de Menand a Steven Pinker, si se excluyen algunas opiniones conformistas de mercado sobre el arte contemporáneo, capta con suma lucidez las falacias de las elucubraciones ideológicas que Pinker “deduce” de forma abusiva como producto de nuestros genes. Menand es mucho más darwiniano que Pinker.

Porque la biología evolutiva como ciencia de la “naturaleza humana” tiene que explicar precisamente que las conductas intra-específicas homogéneas (en caso de que uno no quiera llamarlas instintos) caracterizan a las especies animales, incluso a las más semejantes a la nuestra desde el punto de vista genético (no hay grupos de bonobos con conductas de chimpancé, ni viceversa), mientras que en la especie animal *Homo sapiens* los reiterados errores de transcripción del ADN han engendrado un conjunto neuronal-hormonal para el que las conductas colectivas –que ya no se rigen por el carácter vinculante de los instintos– tienen que ser subrogadas por sistemas de normas: de lo contrario, el grupo se extinguiría en el momento de nacer, en un caos de conductas letal para la supervivencia.

Por consiguiente, la polémica del científico debería dirigirse contra quienes, de forma anticientífica, hablan de una ética del *Homo sapiens* o de su “sentido moral” en singular, o incluso de “progreso

moral”, y desvarían sobre un incremento/mejora de dicho “sentido”, con lo que implícitamente intentan colarnos la enésima versión de un diseño inteligente.

Y la ciencia de la “naturaleza humana”, a la que concurren en una relación cada vez más estrecha la biología darwiniana, la neurobiología, la psicología evolutiva, la etología comparada, la paleoantropología, etcétera, tiene que esforzarse por explicar de qué manera al cabo de millones de años un instinto rígido (como el que ejemplifica la fábula de la rana y el escorpión) dio lugar a un debilitamiento del carácter vinculante del instinto, y a la aparición simultánea de variantes “culturales” que diferencian a los grupos de la misma especie (en lo que parecería una evolución inextricablemente biológico-cultural), hasta su desembocadura ilimitada en el género *Homo sapiens*, cuya naturaleza moral reza: “de todo y en más cantidad”.

Porque la base empírica, a falta de la cual toda hipótesis científica muta en fantasía ideológica, proclama que no solo los sistemas morales más incompatibles han hecho posible la supervivencia del *Homo sapiens*, sino que dichos sistemas no se suceden a lo largo del tiempo y en el espacio conforme a ninguna “lógica”, se mezclan, desaparecen y resurgen en un ir y venir diacrónico y sincrónico.

Concretando: mientras que el estudio sobre los orígenes, la evolución, las etapas intermedias de las características singulares del animal *Homo sapiens*, como el lenguaje y la producción de herramientas para hacer herramientas, está progresando día a día en la identificación de circuitos neuronales, aspectos del conectoma, elementos hormonales, modificaciones del ADN y del fenotipo (por ejemplo los órganos de la fonación, etcétera), las investigaciones sobre la evidente ventaja evolutiva del relativismo moral del *Homo sapiens* no logran siquiera arrancar, teniendo en cuenta el prejuicio todavía generalizado de que existe UN “sentido moral” de nuestra especie.

Descubrir en los circuitos cerebrales comunes con el orangután o el caimán los precursores de la cólera del *Homo sapiens* es sin duda interesante, pero la cólera de las SS contra las “razas inferiores” que lleva a sus miembros a sentir la obligación de exterminar a los niños

judíos y gitanos en Auschwitz, y la cólera del guerrillero de la resistencia que se juega la vida y corre el riesgo de que le torturen con tal de aniquilar a los nazis, son dos tipos de “cólera” que, aun suponiendo que tuvieran en común la activación de las mismas sinapsis y las mismas secreciones hormonales, constituyen “conductas humanas” antitéticas, de significados morales antagónicos, hasta el extremo de que entablan un enfrentamiento a vida o muerte. Y es esa condición de antitéticas, y su paradójica ventaja evolutiva, lo que debería constituir el principal objeto de la investigación “*evo-devo*” (de la biología evolutiva del desarrollo) sobre la naturaleza de la moral. ☹

[Los textos originales de Dario Maestriperi y Paolo Flores d’Arcais fueron publicados en la revista MicroMega 6/ 2016. Traducción de Alejandro Pradera.]

DARIO MAESTRIPERI ES PROFESOR DE DESARROLLO HUMANO COMPARATIVO EN EL INSTITUTO DE MENTE Y BIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO.

PAOLO FLORES D’ARCAIS ES FILÓSOFO Y EDITOR DE LA REVISTA MICROMEGA. AUTOR DE *EL DESAFÍO OSCURANTISTA, ¿DIOS EXISTE? Y POR UNA DEMOCRACIA SIN DIOS*.